

EL CATATUMBO:

“**NO** PARIMOS
HIJOS PARA
GUERRA”



CARMEN GARCÍA LIDERA UNA FUNDACIÓN DE MADRES QUE LUCHA POR EVITAR EL RECLUTAMIENTO FORZADO EN ESTA REGIÓN DE COLOMBIA QUE HOY SUFRE POR EL CONFLICTO ARMADO.

////// POR: ANGIE PAOLA CAMBINDO, VANESSA CASTRILLÓN Y LEIDY BARONA
.....
ESTUDIANTES DE COMUNICACIÓN SOCIAL.
.....

En el corazón del Catatumbo, una de las regiones más golpeadas por el conflicto armado en Colombia, la vida de los niños es amenazada constantemente por los grupos armados que los reclutan a la fuerza. Aquí, la infancia no es un derecho sino un desafío, la escuela es un privilegio incierto y la esperanza es una batalla diaria.

En medio de esta realidad, Carmen García se convirtió en un escudo para los más vulnerables. Madre, líder y voz de una comunidad, ha dedicado su vida a defender a quienes crecen entre pólvora y miedo. En su caminar ha levantado escuelas, tejido redes de apoyo y se ha enfrentado a quienes intentan arrebatarle el futuro a su pueblo.



“Empezamos a llamar a las coordinadoras de las mesas directivas de los municipios, a planear una cumbre de madres para decirles a los ‘doctores’ que respetaran la vida de nuestros hijos y que nosotras no íbamos a parir hijos e hijas para la guerra”, aseveró la lideresa.

La violencia que se vive en esta región no solo arrastra a los adultos a una lucha sin fin, sino que también atrapa la inocencia de los más pequeños,



Su lucha no ha sido fácil. Ha sentido en su piel el peso de las amenazas, el dolor de la guerra y la ausencia del Estado. Aun así, en medio de muchas incertidumbres, por cada niño que logra ayudar a escapar de la guerra, cada mujer que se levanta y cada madre que abraza la esperanza, Carmen encuentra la fuerza para seguir, afirmando que quienes deben parar la guerra son ellas.

“Somos sus mamás y quienes debemos parar esta pelea somos nosotras, no creo que se atrevan a dispararle a un grupo de madres”, comentó Carmen.

Y es entonces que, en medio del caos y la desesperación, nace un clamor en forma de amor, un amor que lleva el nombre de Fundación Madres del Catatumbo, creada en el 2020 cuando la violencia en esta región tuvo uno de sus momentos más críticos, tal como está sucediendo actualmente.

convirtiéndolos en peones de una guerra que ellos no decidieron pelear. Devolver la esperanza a su pueblo es lo que mueve el corazón de Carmen y el de muchas mujeres más, una esperanza que tiene los nombres de sus niños y se viste bajo la inocencia.

La mirada de cada infante en el Catatumbo refleja un futuro incierto, pero una guerra segura, manos que ya no escriben sueños

en pupitres porque las armas fueron puestas sobre ellos, oídos que ya no escuchan la voz una madre porque fue reemplazada por el ruido violento de la guerra.

“La guerrilla se dio cuenta de que las mamás estamos formadas y dispuestas a recuperar nuestros hijos, atacarlos si era necesario y decirles que no podían matarlos. Incluso empezamos a traer las mamás de los comandantes a la asociación de madres, porque a ellos los habían reclutado siendo muy niños también. Se corrió la voz de que estábamos enfrentándonos a la Fuerza Pública y a los grupos ilegales y pudimos demostrarles a ellos que nosotras éramos de verdad las madres del Catatumbo”, comentó Carmen.

Según la Unicef, “desde finales de enero de 2025, tras combates entre grupos armados ilegales, más de 20.000 niños, niñas y adolescentes han sido desplazados en la región del Catatumbo, al nororiente de Colombia, limítrofe con Venezuela. Se calcula que otros 11.000 se encuentran confinados”.

Carmen, al contrario de muchos niños, vivió una infancia distinta en la que no conoció la guerra, ni la muerte. Fue eso lo que la motivó a pelear por quienes no tenían esa posibilidad.

“Mi niñez fue lo más lindo que yo pude tener y eso es lo que me motiva. Viví con mis abuelos en fincas, allí no mataban a nadie, la guerrilla pasaba por las tierras de nosotros, se les llevaba comida y les ayudaban a parar a veces las chocitas que tenían, porque se estaban cayendo. El único susto era cuando llegaba el Ejército, los hombres tenían que esconderse, pertenecieran o no a los grupos armados”.

Aunque su infancia la recuerda con mucha nostalgia, evocar su juventud la lleva a un sufrimiento que ella no eligió.

“A los 15 años la ola paramilitar llegó a nuestro territorio y fue fuerte, nos tocó sufrir muchísimo, mataron a casi todos mis amigos, fui objetivo militar”, expresó Carmen.

A su corta edad conoció el dolor y la guerra, vivió en carne propia las injusticias de su territorio. Vivir esos momentos la llevó a enfrentar el monstruo que rondaba sus tierras y a hablar de aquello que los llenaba a todos de miedo.

“Soy la mujer que en Colombia le ha hecho un paro a los paramilitares nada más con 15 años. Me alié con mis compañeras porque nosotras vivíamos muy cerca de una zona donde había unas mujeres que trabajaban en bares y ellos se las llevaban, las torturaban y asesinaban, nunca volvían. Tenían hijos y sus

familiares las buscaban. Nos decían que si nos metíamos con ellas, nos moríamos”.

Pero para Carmen todo estaba apenas empezando. Sus alianzas y su capacidad de pelear representaban una afrenta para los grupos armados ilegales. Entonces, los atentados y amenazas se hicieron presentes.

“Intentaron asesinarme junto con mis amigas, me pasaron una canoa por encima, pero gracias a Dios logré sobrevivir y llegué con vida a Cúcuta.



Un amigo policía me resguardó para que no me terminaran de matar dentro del hospital”, comentó.

Añade en su relato que “después de mucho tiempo nos fuimos para Yondó, Antioquia, allá cogen a mi esposo y lo asesinan, lo hacen pasar por falso positivo. Nosotros inmediatamente comprobamos que él no era la persona que ellos decían, un guerrillero. Él poseía un carrito pirata acá y siempre tenía que firmar ese carro todos los días, ¿entonces cómo iba a ser un bandido que mataba y secuestraba?”.

Contó que un soldado le dijo la verdad, le confesó que había una persecución contra ella y su familia, que sabían dónde vivía.

“Fue muy fuerte el pensar separarme de mis hijos y que me tocara cambiarles el nombre”, agregó.

Corría el año 2019 cuando su vida volvió a ser objetivo militar. Fue secuestrada por un grupo del ELN durante cinco horas. En ese lapso, sus escoltas fueron brutalmente agredidos y ella misma fue víc-

tima de maltratos físicos y psicológicos, con el constante riesgo de ser violentada sexualmente, cuenta.

Meses después, en medio de un tenso cruce de palabras con un militar vinculado a la justicia transicional, volvió a ser blanco de la violencia. Mientras regresaba a su pueblo desde Cúcuta, su camioneta fue interceptada y atacada a tiros en plena carretera. El hecho apenas tuvo eco en la televisión, pero quedó marcado para siempre en su memoria.

Desde entonces ha enfrentado una serie de amenazas y presiones que no han parado.

SU MISIÓN

Apoyar a una madre y rescatar a un niño se volvió una tarea difícil pero no imposible. Es una misión que requiere de valentía, a pesar de los miedos y de las incertidumbres, atender cada llamada de auxilio es una batalla ganada.



Cuando un infante corre peligro de reclutamiento, el pueblo y su gente se enteran y no dudan en comunicarse con la fundación.

“El proceso es el siguiente: nos informan que un niño está en peligro, los padres deben hacer el contacto con nosotros, nos presentamos a ellos, les contamos quiénes somos y que no trabajamos con la autoridad, que nuestro trabajo es poner a salvo al niño en un lugar donde tenga un familiar que lo pueda recibir”.

Pero ¿qué pasa si algún menor que intentan rescatar no encuentra un lugar con su familia?

“Si no tienen para dónde irse, nosotros les brindamos otra ruta, los traemos al refugio ubicado en Cúcuta, donde me encuentro actualmente. Les hacemos el proceso de documentos que necesitamos

para restablecer sus derechos, con la ayuda de la Cruz Roja. Después de lograr su documentación, son trasladados a colegios en Barranquilla o Bogotá hasta que cumplen 18 años”, agregó Carmen.

Hay un equipo de madres que son las profesoras empíricas que se preparan, no solamente en estudios, sino en valores para enseñar y orientar aquellos niños que no logran entrar a los colegios, muchas veces por su edad o por falta de documentación.



Muchos de estos niños son atraídos con engaños por parte de los grupos ilegales para reclutarlos, usando herramientas como el fútbol y los juegos para conquistarlos.

Hoy, en medio de una tierra marcada por el miedo y el abandono, la esperanza camina de la mano de mujeres como Carmen García, quienes decidieron no callar, no rendirse y convertir el dolor en fuerza colectiva.

La Fundación Madres del Catatumbo no solo ha salvado vidas, ha tejido un nuevo relato en donde la infancia no se rinde ante las balas, sino que se levanta con el poder del amor maternal.

Muchos de estos niños son atraídos con engaños por parte de los grupos ilegales para reclutarlos, usando herramientas como el fútbol y los juegos para conquistarlos.

“Al primer joven que me traje le pedí que me llamara tía, solo eso. Era una forma de protegernos mientras cruzábamos zonas de grupos armados. Hasta hoy todavía me llama así. Porque al final, cuando se trata de salvar vidas, todo comienza con un gesto, una palabra, una mano extendida”.

“Recuerdo también a una niña que llegó enferma, con una infección de transmisión sexual. Venía rota, pero llegó salvando vidas porque a los pocos días ya había convencido a otras cinco chicas de salir también. Les decía: ‘aquí hay otra oportunidad’. Cuando las recuperamos fue hermoso verlas descubriendo cosas tan simples como subir un ascensor y unas escaleras eléctricas. Subían, bajaban, reían. Yo las miraba y pensaba: vale la pena mostrarles otro mundo, vale la pena darles otra vida”, agregó.

Lo que empezó con una mujer se convirtió en un movimiento de 800 madres, con 41 lideresas de rescate, 5 directivas principales y una representante en cada municipio.

Al frente de esta lucha está Carmen, quien es líder de Santander y la región de Arauca, y quien guio a cientos de mujeres en su misión de proteger la infancia y reconstruir la esperanza. Esta organización ha rescatado a más de 200 niños del reclutamiento forzado, ayudado a muchas madres y ha brindado educación a más de 100 menores cada año.

Carmen García ha sido una guía, una luz y una esperanza para muchas madres afectadas por el conflicto en el Catatumbo. Tal es el caso de Luz Ángela* una madre de 4 hijos, quien ha encontrado apoyo en la fundación.

“Me dio una esperanza más para seguir de pie y seguir luchando por mi hijo. Cuando doña Carmen llegó a mi vida la cambió, en el sentido de ver las cosas. Mi hijo de apenas 15 años fue engañado y llevado por un grupo armado. Lo vi una vez, brevemente, lo suficiente para escuchar su súplica: Ayúdame, mamá, yo no quiero estar más allá”.

“Mi hijo de apenas quince años fue engañado y llevado por un grupo armado. Lo vi una vez, brevemente, lo suficiente para escuchar su súplica: Ayúdame, mamá, yo no quiero estar más allá”.





La Fundación Madres del Catatumbo no solo ha salvado vidas, ha tejido un nuevo relato en donde la infancia no se rinde ante las balas, sino que se levanta con el poder del amor maternal.

Desde entonces, no ha dejado de buscarlo. Ha tocado puertas, llorado, gritado en silencio el nombre de su hijo.

“Todavía no lo tengo conmigo, pero ahí vamos, estamos en la lucha”, afirma con una firmeza que apenas oculta el dolor. En su historia se encierra la de muchas mujeres del Catatumbo, madres que han sido despojadas no solo de sus hogares, sino también de sus hijos, víctimas de un conflicto que no les da tregua.

Carmen García actualmente es lideresa social del municipio de Tibú (Norte de Santander) y forma parte de las Mesas de Víctimas a niveles municipal y departamental. Se desempeña como Consejera para la Paz ante la Gobernación de Norte de

Santander, delegada de justicia transicional tanto del departamento como de su municipio y hace parte de los Consejos de Paz de su territorio.

Ni la guerra más cruel puede arrancarles el derecho a soñar con un futuro distinto para sus hijos. Y aunque el conflicto no ha terminado, por cada niño que vuelve a escribir en su pupitre y cada madre que alza su voz, la paz y la esperanza vuelven a florecer en el corazón del Catatumbo.

**Nombre cambiado por solicitud de la fuente.*